

Blancacuentas y los siete caballeros de muy moderada estatura

- Mira papá, no puedo más con Conta - gruñía la joven tras dar un portazo-. Estoy harta. Márquez nos tiene explotados en clase.

- Calma cielo.

- ...Y luego va, y nos dice: "No, si el examen era fácil, para sacar nota". ¡No, si nota claro que te pone, pero el cate te lo llevas! -continuaba la joven farfullando.

- Relájate.

- Mira, yo me dejo Conta para junio y luego ya veremos.

- Tú siéntate que te voy a contar el cuento de *Blancacuentas y los siete caballeros de muy moderada estatura*.

- ¿Qué?

- La Reina Desfalquia, soberana del lugar, se acababa de enterar de que las minas eran en realidad propiedad de la corona y que cuando su explotación se otorgaba en regalía a un particular podía exigir una contraprestación, -narraba el padre con una sonrisa autocomplaciente ante el gesto de incredulidad de su retoño-. Siendo así, que decidió concertar una reunión con los inapropiadamente llamados "enanitos", encargados hasta la fecha de su explotación. Total, que les explicó el asunto y los enanitos, como es normal, pues muy contentos no estaban...

...

...

-¡Cómo que te tenemos que pagar para trabajar! ¡Esto es el colmo!-. La indignación de Gruñón crecía por momentos-. ¿Qué vendrá después, pagar por respirar?

-Gritando no vas a mejorar nada -trató Sabiondo de tranquilizar a su hermano-. ¿Y qué tendríamos que pagar exactamente?

-Al principio de cada año, para tener derecho a explotar mi mina de diamantes, debéis hacer una estimación de cuantos diamantes vais a sacar ese año, de cuánto dinero sacaríais de su

venta y darme la mitad de ese dinero. Si obtuvieses más de lo estimado, la diferencia al completo sería para mí.

- ¡Jamás, tirana opresora! - rugió Gruñón.

- Pero si no lo hacemos, ¿cómo ganaremos para vivir?- reflexionó en voz baja Tímido.

- Se hará como dices, reina, porque no queda otro remedio, pero no estamos de acuerdo-sentenció Sabiondo, mientras se retiraban a su humilde hogar, pues con la nueva política fiscal no podían perder un día más de trabajo.

...

Volvían los enanitos de trabajar en la mina.

-Si somos siete y trabajamos doce horas al día, pero la mitad es para la reina, es como si ella trabajase...

- Cuarenta y dos horas al día, Gruñón, pero no te frustres.

- Cómo no me voy a frustrar, Sabiondo, si es que no hay derecho.

- ¡Chicos, venid rápido que hay una muchacha muy mona en casa!—se oyó gritar desde dentro a Alegre.

Exhausta, desplomada sobre la mesa de comer desproporcionadamente pequeña, se encontraba dormida una joven con un libro de *Introducción a la Contabilidad* en la mano.

Al despertar, la joven les explicó que su nombre era Blancacuentas y que era la hijastra de la Reina Desfalquia, que la tenía explotada limpiando cuando su pasión era la contabilidad. Había aprovechado la alegría que unos ingresos imprevistos habían dado a su madrastra, pues le permitían pagar unas deudas mal financiadas en las que se había metido hacía unos años, y entre tanto jolgorio había escapado para estudiar, teniendo que huir al bosque, y que al encontrar la casita decidió que era más cómodo estudiar allí que en el suelo.

Los enanitos, fascinados por una disciplina capaz de causar tanta emoción en la muchacha, se interesaron más por las áreas que esta cubría y Blancacuentas, con esa reconfortante autosuficiencia que invade a uno cuando le piden que hable de aquello que le apasiona y que nunca a nadie interesa, comenzó a explicárselo, cautivando su atención con su suave tono de voz y encantadora sonrisa.

Concluido un somero pero arrebatador resumen de lo más importante, a Sabiondo se le ocurrió preguntar por la situación que habían vivido con la reina y las condiciones que les habían sido impuestas:

- Verás, Blancacuentas, el caso es que el otro día tu madrastra nos hizo llamar y nos impuso unas condiciones que nos parecen muy abusivas, pero como nosotros de esto no entendemos mucho, no sabemos si tiene que ser así o no.

- Pues si me cuentas con detalle cómo son, puedo echar un ojo a ver que podemos arreglar...

Y muy diligente, Sabiondo le contó todo lo pactado detalladamente y contempló esperanzado cómo la ceja derecha de Blancacuentas se alzaba con confiado escepticismo:

- ¿En serio os puso esas condiciones?

- ¿Qué se te ocurre?

- Pues para empezar los impuestos no os los puede cobrar sobre los ingresos, han de ser cobrados sobre los beneficios. Es decir: podéis anotar todos los gastos que derivan de la explotación de la mina, descontarlos del ingreso que tengáis, y sólo podrá cobraros impuestos sobre la diferencia -anunciaba orgullosa-. Por ejemplo, podéis anotar como gastos el dinero que os cuestan los picos con los que sacáis los diamantes, las velas que usáis para iluminar e incluso daros sueldos a vosotros mismos.

- Pues compraremos muchos picos y nos pondremos sueldos muy muy altos. Así no habrá beneficios y no tendremos que pagar impuestos - muy hábilmente infirió Sabiondo.

- Seguro que hay trampa - se opuso Gruñón-. Si no, nadie pagaría impuestos.

- No tener beneficios acarrea muchos problemas para una empresa normal: los accionistas no cobrarían dividendos, lo que les enfadaría mucho, ningún inversor querría invertir al no repartir dividendos ni tener crecimiento y en caso de no haber estimado bien la cuantía de los sueldos sobre los ingresos, la empresa incurriría en pérdidas irreparables. -Explicó Blancacuentas complaciente -. Es cierto que vuestra situación es muy peculiar porque sois vosotros mismos los dueños de la empresa, pero aun dándoos sueldos altos, se os cobrarían impuestos sobre la renta y si exageráis los gastos y os pillan, estaréis en gravísimos problemas. Además cabe la posibilidad de que, al no ser competitivos, la reina decidiese retiraros el derecho de explotación, pues otras empresas le serían más interesantes que la vuestra.

-Entonces lo mejor es que nos demos el sueldo normal para nuestra actividad y seamos honestos con los gastos, ¿no es cierto?- se resignaba Sabiondo.

- Exacto. El objetivo de la contabilidad ha de ser reflejar fielmente la realidad y sin duda perseguir este objetivo es la mejor forma de que la empresa prospere. - Sentenció la dulce contable-. Además, no podéis dejar que la reina vulnere el principio de Prudencia, extendido y aceptado todo lo largo y ancho del mundo conocido. Se deben tener en cuenta los posibles gastos tan pronto como se conozcan, pero no se puede hacer lo mismo para los ingresos: no os puede cobrar impuestos sobre los diamantes que aún no habéis extraído y, obviamente, tampoco vendido.

-Pero entonces tampoco podemos hacerlo para pagarnos dividendos adelantados—mascullaba Gruñón.

- Se ha criticado este principio por ser demasiado conservador, es verdad- terció Blancacuentas -. Pero es la forma de garantizar la prosperidad a largo plazo de la empresa, pues se asegura retener en su interior la riqueza en caso de duda.

- La verdad es que tiene bastante sentido - convino Sabiondo -. Deberíamos comunicárselo a la reina.

...

- ¡Gogh!, de verdad espejito, desde que sé que con los impuestos estos de la mina voy a pagar el desastre este de financiación que se me ha ido montando, estoy tan feliz que casi no voy a torturar hoy aldeanos.

-Sah, ¿ehh?, sí, respecto a eso... -El pobre espejo no sabía dónde meterse-. Han vuelto los caballeros de muy moderada estatura y hasta Gruñón sonrío...

...

- ¿Se puede saber qué queréis vosotros ahora?

- Pues veré, su majestad, que el caso es que nos hemos estado informando y resulta que no puede hacer las exigencias que hizo: ha de adaptarse a la normalización contable - dijo Sabiondo.

- Estáis usando unas palabras muy específicas para unos mineros.

- La cuestión, alteza, es que le pagaremos los impuestos que procedan de los beneficios que obtengamos al descontar los gastos que nos genere la minería de los ingresos una vez los obtengamos, ni más, ni menos, ni antes, quizá un pelín después.

- ¡No lo permitiré!

- Tampoco es que le queden muchas más opciones, majestad -comentó con tono socarrón el espejo mágico.

- ¡Reina Desfalquia! Mi nombre es Cobradoro de Frac y vengo de Usuria para cobrar de una vez la deuda que lleva dos años sin pagar: en dinero o en la forma de sus bienes.

Curiosa, y argumentalmente oportuno, un altanero caballero había irrumpido en la sala de audiencias del castillo escoltado por la guardia y con gesto aburrido y postura desafiante observó cómo la reina hundía el rostro entre sus manos...

...

...

- Y como no podía pagar, le embargaron la mansión, las joyas y el espejo y tal. - la sonrisa del padre, autosatisfecha, no había hecho sino crecer según narraba-. Así que ya ves, estudiar Conta es esencial para desenvolverte en el mundo. Ya lo era en época de Blancacuentas, más hoy en día.

- Papá.

- Dime.

- Estás fatal. Sigo sin querer estudiar Conta.

- El viernes querías ir... ¿Dónde era?

- Ya me pongo...

Y el padre vio a su hija entrar consternada en la habitación mientras se regodeaba consigo mismo pensando en lo buen padre que era.